CLÁSICOS GARABATEADOS

La ISLA del TESORO

Un CLÁSICO de
ROBERT LOUIS STEVENSON
(1850 - 1894)
con NUEVOS DIBUJOS de
JACK NOEL
(1984 - ????)

¡BARCOS! ¡BOTINES! ¡PIRATAS!

RBA

CLÁSICOS GARABATEADOS

La ISLA DEL TESORO

RBA MOLINO

Le doy las gracias y le pido disculpas a Robert Louis Stevenson.

Título original inglés: *Comic Classics. Treasure Island.*

Publicado originalmente en inglés con el título *Comic Classics. Treasure Island* por Egmont UK Limited, The Yellow Building, 1 Nicholas Road, London, W11 4AN.

© del texto: Egmont UK Limited, 2021.
© de las ilustraciones: Jack Noel, 2021.
© de la traducción: Xavier Beltrán Palomino, 2021.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2021.

Av. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: abril de 2021.

RBA MOLINO
REF.: ODBO846
ISBN: 978-84-272-2430-8

PREIMPRESIÓN · AURA DIGIT

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

CLÁSICOS GARABATEADOS

La ISLA DEL TESORO

UN CLÁSICO DE

ROBERT LOUIS STEVENSON

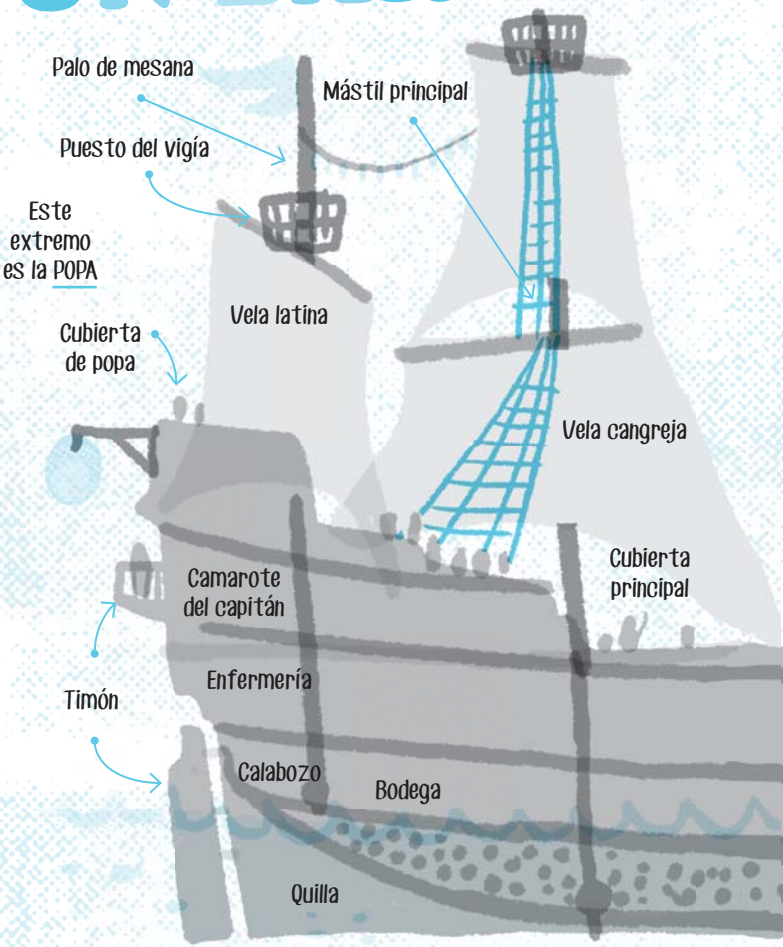
CON NUEVOS DIBUJOS DE

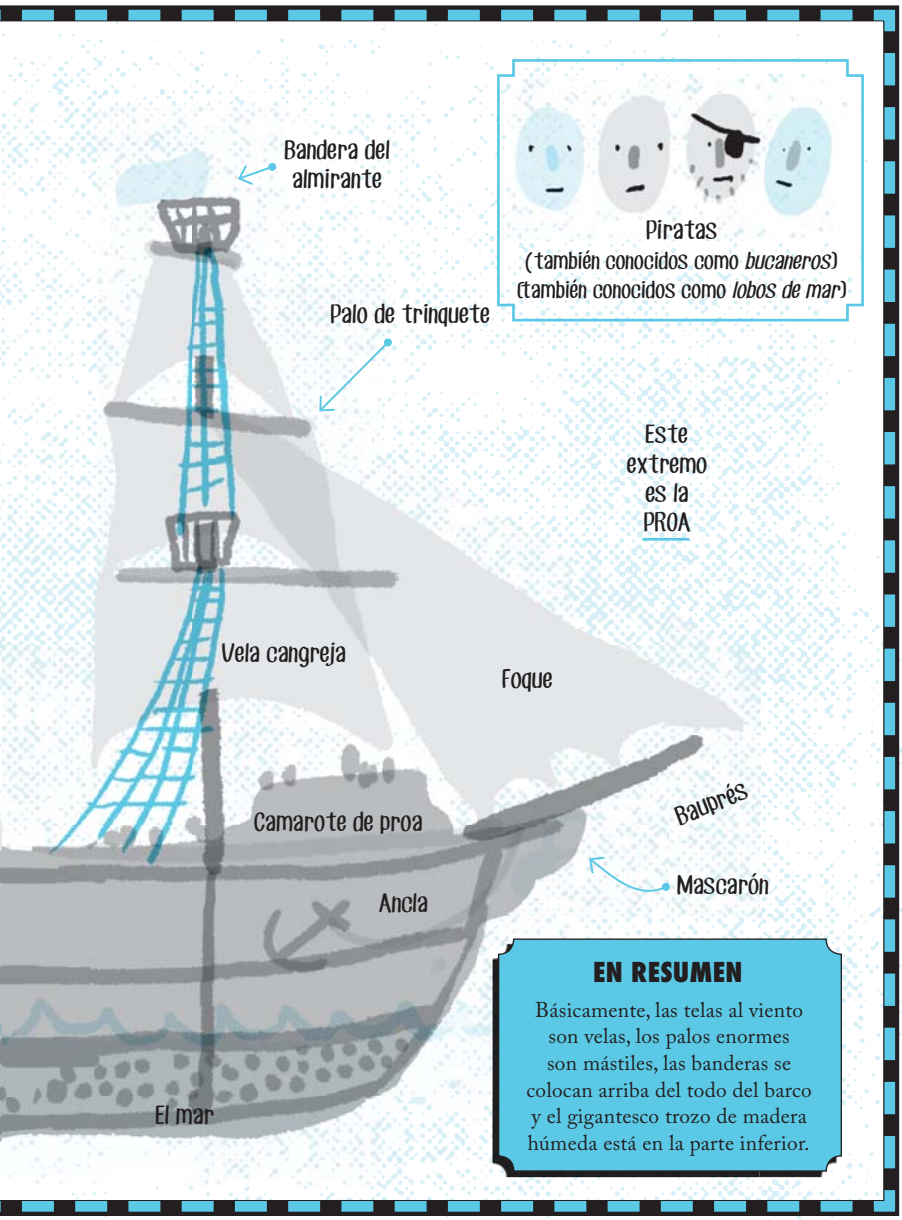
JACK NOEL

TRADUCCIÓN DE XAVIER BELTRÁN PALOMINO

RBA

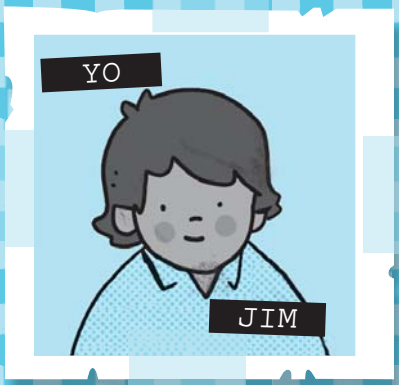
PARTES DE UN BARCO





EN RESUMEN

Básicamente, las telas al viento son velas, los palos enormes son mástiles, las banderas se colocan arriba del todo del barco y el gigantesco trozo de madera húmeda está en la parte inferior.



¡LOS ANFITRIONES DE LA COSTA!

El

ALMIRANTE BENBOW

HABITACIONES DISPONIBLES

✔ VISTAS AL MAR ✔ RON ✔ DESAYUNO COMPLETO

NOMBRE:

Jim Hawkins

EDAD:

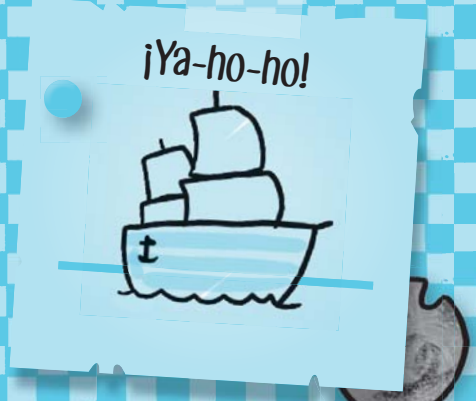
Doce años

SOBRE MÍ:

Vivo en la posada El Almirante Benbow con mi madre y le echo una mano. Pero a nuestra posada no llega ni se queda mucha gente, así que a veces es aburrido...

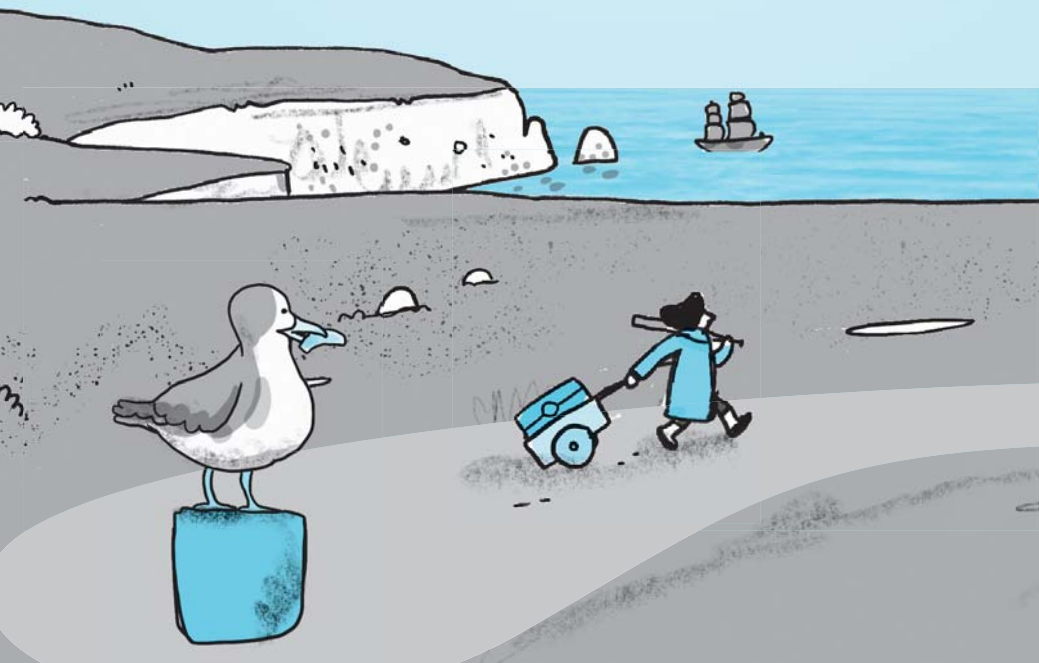
CUANDO SEA MAYOR:

¡Quiero navegar por los siete mares!



I

EL VIEJO LOBO DE MAR DE EL ALMIRANTE BENBOW



Me acuerdo de él como si fuera ayer: se acercó lentamente hasta la puerta de la posada, transportando su baúl en una carretilla.

Un hombre alto, fuerte, corpulento y muy moreno,

las manos con callos
y llenas de cicatrices,
las uñas sucias
y rotas, y en la
mejilla,
la marca de
sable de un
blanco sucio.

SABLE

Una espada enorme
y molona con
el filo curvado.

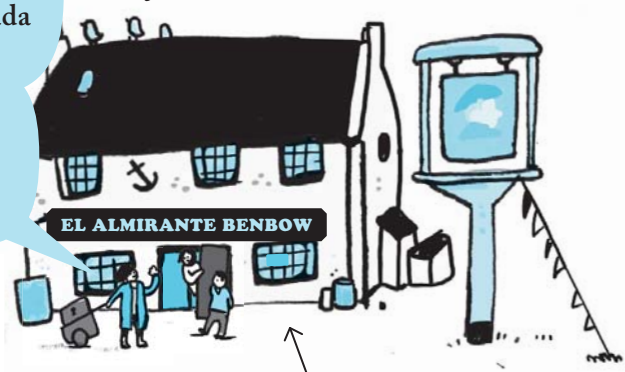
Recuerdo cómo silbaba y que empezó a cantar una vieja canción marinera que después nos cantó muy a menudo:

Luego golpeó la puerta y, cuando mi madre abrió, el marinero pidió un vaso de ron.

Esta posada está muy bien situada

dijo.

¿Mucho negocio, amigos?



Mi madre respondió que no mucho, y que era una pena.

¡SÍ! TENEMOS
HABITACIONES LIBRES
ENTRE E INFÓRMESE

Entonces,

dijo él,

aquí me voy a quedar.

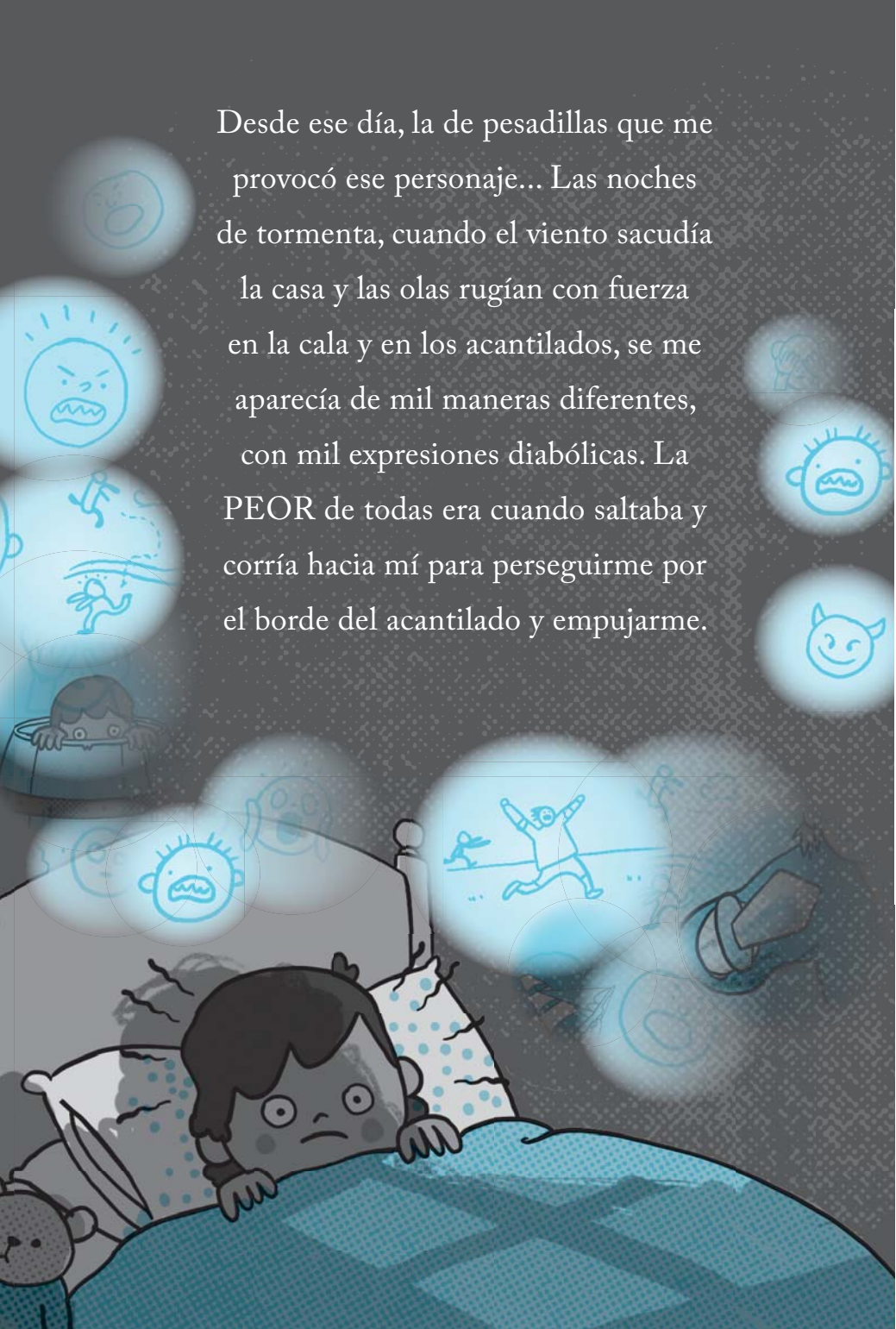
Llámenme CAPITÁN.

El capitán se pasaba el día subido a los acantilados con un catalejo de metal.

Por las tardes se ponía cómodo en un rincón junto al fuego y bebía ron.

Un buen día, me ofreció pagarme una moneda de plata al mes si le prometía vigilar y avisarlo si veía a «un cojo con aspecto de marinero».

Desde ese día, la de pesadillas que me provocó ese personaje... Las noches de tormenta, cuando el viento sacudía la casa y las olas rugían con fuerza en la cala y en los acantilados, se me aparecía de mil maneras diferentes, con mil expresiones diabólicas. La PEOR de todas era cuando saltaba y corría hacia mí para perseguirme por el borde del acantilado y empujarme.



Pero, aunque las pesadillas del marinero cojo me aterraban, el capitán me daba menos miedo a mí que a los demás.

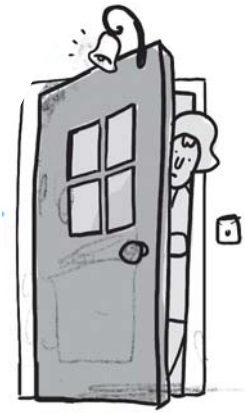
Lo que de verdad asustaba a la gente eran sus historias. Cuentos espantosos de personas que caminaban por una tabla, de tempestades en el mar y de sucesos terribles.

Y siempre se ponía a cantar su famosa canción:

Supuse que «el cofre del muerto» era el gran baúl que había subido a su habitación. El baúl enorme que nadie había visto abierto…

Era una mañana de enero, una de aquellas mañanas heladas. El capitán había madrugado algo más que de costumbre y se dirigía a la playa. Su sable se balanceaba debajo de la vieja casaca azul, con el brazo sujetaba su catalejo de metal y llevaba el sombrero calado hacia atrás.

Yo estaba preparando la mesa del desayuno cuando se abrió la puerta y entró un hombre a quien no había visto nunca.



Era un hombre muy pálido,

le faltaban
dos dedos
de la mano
izquierda,

y, aunque
llevaba sable,
no parecía
muy valiente.

No tenía aspecto de marinero, pero había
algo en él que sí recordaba el mar.

preguntó con un poco de malicia.

Le dije que no conocía a su amigo Bill, que la mesa era para una persona que se alojaba con nosotros, a quien llamábamos «capitán».

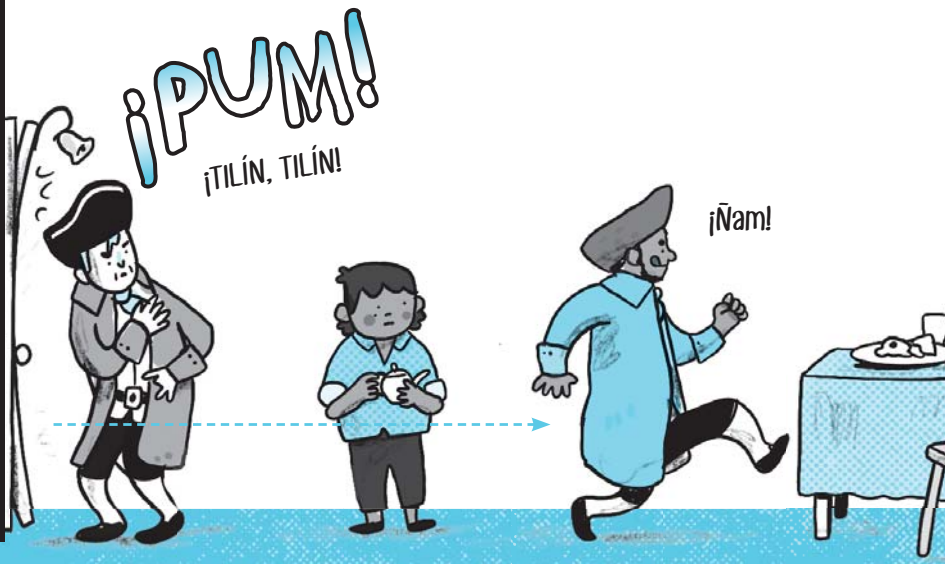
—Bueno —dijo—, mi amigo Bill se haría llamar «capitán». Tiene una cicatriz en la mejilla y es muy agradable, sobre todo cuando ha bebido. El bueno de Bill. ¿Está por aquí mi amigo Bill?

Le dije que el capitán había salido a pasear.

—¿Por dónde, hijo? ¿Por dónde se ha ido? —preguntó el hombre.

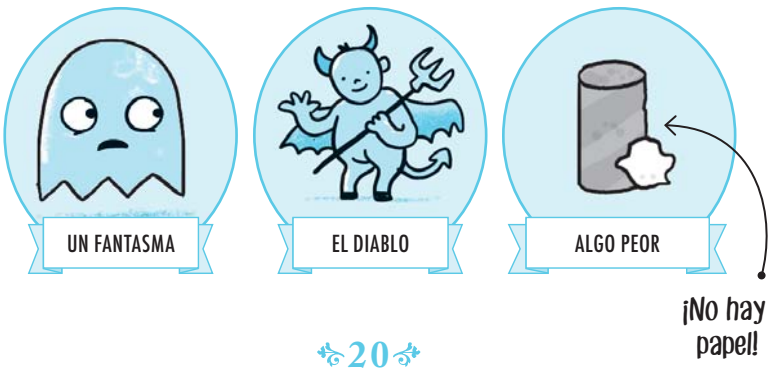
Cuando se lo conté, el desconocido se quedó cerca de la puerta observando con atención, como un gato que espera a un ratón.

Por fin entró el capitán. Cerró de un portazo sin mirar ni a derecha ni a izquierda, y cruzó la sala hacia la mesa donde le esperaba el desayuno.



El capitán giró en redondo y le cambió el color de la cara.

Se le puso la nariz azul. Parecía que acabara de ver un fantasma, al diablo o algo aún peor.



Venga, Bill, me conoces…

Conoces a tu viejo amigo de aventuras

dijo el desconocido.

El capitán se quedó muy sorprendido.

¡PERRO NEGRO!

dijo.

De repente, se oyeron un montón de improperios.

¡Perro apaleado, más bien!

¡Pues tú eres Bill Sin Amigos!

¿Sí, y qué?

Se oyó un estrépito de sillas y mesas cayendo,

seguido de ruidos metálicos,

y entonces vi a Perro Negro y al capitán con sables en la mano,

Perro Negro tardó medio minuto en desaparecer por el otro lado de la colina.

El capitán se frotó los ojos varias veces.

Me apresuré a llevárselo. Oí un tremendo ruido en la sala y, al llegar, vi al capitán desplomado en el suelo. Tenía los ojos cerrados y la cara de un color horroroso.

Sujetando la botella con la mano, intenté que bebiera un poco, pero el capitán apretaba los dientes con mucha fuerza. Fue un verdadero alivio que apareciera el doctor Livesey.

—Ay, doctor —gritamos—, ¿qué podemos hacer?

El capitán abrió los ojos.

Intentó incorporarse y gritó:

—Aquí no hay ningún perro negro —contestó el doctor.

Conseguimos llevarlo hasta el dormitorio y lo tumbamos en la cama.

II

EL PUNTO NEGRO

Al mediodía, entré en la habitación del capitán con unas medicinas. Estaba débil y nervioso.

—Amigo mío, ¿cuánto tiempo ha dicho el doctor que tengo que quedarme aquí?

—Por lo menos una semana —dije yo.

Se quedó un rato callado.